

SECCIÓN HISTÓRICA

EL PADRE ANTONIO SEPP, S. J.

INSIGNE MISIONERO

DE LAS REDUCCIONES GUARANÍTICAS DEL PARAGUAY

1691-1733

(Conclusión)

Vida religiosa

Cada pueblo tiene una hermosa y grande iglesia con un campanario de cuatro hasta cinco campanas; un órgano o dos de ellos, un altar mayor ricamente dorado, dos hasta cuatro altares laterales, un púlpito dorado, muchos retablos y pinturas ejecutadas por mano de indios con bastante perfección; ocho hasta doce candeleros de plata, tres hasta cinco cálices con patina, vinajeras, crucifijos de plata, custodia bien labrada y copón grande de plata. Es extraño que no haya necesidad, ni en España, ni en las Indias, de dorar ni siquiera por dentro, los cálices de plata con su pateria. Del mismo modo todos los ornamentos de la Iglesia, diferentes según las fiestas son tan primorosos y preciosos, que podían ser usados con honra en cualquier catedral europea. Así, hace poco, hicimos confeccionar en Buenos Aires un Alba por valor de 120 Duros, destinada para nuestra Iglesia de Yapeyú.

Todos los sábados hay misa cantada con las letanías de la Santísima Virgen: Los domingos misa solemne con sermón. Durante la s. misa suelen todos los días tocar mis músicos.

Ya nuestros antecesores han enseñado a esta gente, por lo demás muy tonta, pero muy hábil para remedar, no sólo la religión cristiana, sino también a hacer su pan y comida y vestido, a pintar, fundir campanas, fabricar órganos e instrumentos músicos, relojes, en una palabra todas las artes y oficios de Europa, principalmente la música como parte esencial del Divino servicio, aunque no con la perfección acabada de Europa, pero bastantemente bien; pues, el primer maestro de música entre los misioneros, el que introdujo el canto en Yapeyú era un flamenco, el cual, no conociendo teóricamente la música, sino sólo de memoria, enseñaba a los Indios sin notas escritas, después le siguió en esta Reducción un Padre español, el cual en algo había aprendido la música según un método anticuado, y lo que sabía, enseñaba a otros, de modo que sus papeles de música que dejó, por falta de otros mejores, todavía están aquí en uso hasta la fecha; el defecto principal que tenía esta música consistía en que le

faltaban los bajos hasta en el órgano, faltando así el fundamento; para subirlo, lo hacían de vez en cuando tocan el fagote (bajón). Por la disposición de la Divina Providencia aprendí en Alemania la música moderna, también el arte de componer piezas, músicas, en la escuela del director de la orquesta obispal de Augsburgo, del célebre don Melchor Glottle, y estoy ahora empeñado en reformar aquí la música vocal e instrumental según los métodos alemanes y romanos; para lo cual mis amigos en Europa me ayudarán en gran manera, enviándome sobre Roma y Génova con el Procurador las misas, vísperas y otras piezas musicales del mencionado señor director lo cual yo pagaré al contado.

Pues, habiendo gastado con gusto la Provincia del Paraguay para los 44 misioneros 80.000 Duros, le importará poco, gastar unos 20 florines para música; ya se había enojado conmigo el P. Procurador, por no haber yo logrado la ocasión de estas compras, estando todavía en Alemania: No lo hice, por el escrúpulo que había taxa fija de gastos para cada uno de los misioneros alemanes, lo que tenía que devolver el Procurador en Génova; pero esto se entendía sólo del avío y mantenimiento personal, no de las necesidades de la Provincia, de las Misiones y del oficio determinado; todos estos gastos excedientes de la taxa con agradecimiento lo hubieran restituído, lo cual advierto para apereibir de este punto a los que en adelante vendrán al Paraguay.

Para que se vea el aprecio que tiene la música en las Indias, sépase que el P. Procurador que nos trajo ha comprado un órgano en Flandes para Buenos Aires de un valor de mil Duros, sin haberlo visto ni probado, sin saber siquiera si jamás llegaría a América, además me compró en España a precio excesivo instrumentos músicos, aunque inferiores a los de Alemania; a ésto se añade, que los demás misioneros mandan sus músicos de distancias de más de cien leguas, para que yo los instruya con más perfección. Es de saber que antes de mi llegada ellos no sabían nada de la partitura del órgano, del bajo continuo, del bajo cantado, nada del compás, de mensura y estatuario, nada de nuestras diferentes clases de tiple, nada de música a dos, tres o cuatro voces. (Nota: «Tal vez, quiere decir el autor: de la fracción menor de las notas.»)

Según he oído, no se sabía nada de esto ni siquiera en Sevilla y Cádiz.

Sus notas todas son notas enteras a medias de coral. En Alemania se vende tal música para fabricar cartón.

Por lo tanto me veo obligado a enseñar a mis músicos americanos, algunos ya con canas, el «ut, re, mi, fa, sol, la», para instruirlos a fondo, lo cual hago con gusto por tratarse del Divino servicio.

Resultado: en este año he formado a los siguientes futuros maestros de música: 6 trompetas, 3 buenos diorbistas, 4 organistas, 30 tocadores de chirinaias, 28 de cornetas, 10 de fagoto. No avanzan tanto como yo desearía los 8 discantistas, aunque avancen estos también cada día; todo lo cual causa una increíble satisfacción no sólo de los demás misioneros, los cuales me regalan con variadas golosinas, sino mucho más todavía de los mismos Indios, los cuales me honran y quieren de un modo, que no me atrevo escribirlo por el sonrojo; pero devuelvo toda la honra únicamente a mi Dios.

Las estancias

Por nuestros campos, o más bien dilatadísimas estancias, cubiertas todo el año con un hermoso pasto, alto y tupido, pobladas con miles de reses, hay bandadas enteras de crueles tigres, los cuales persiguen principalmente los terneros, por ser su carne más tierna y por ser más fácil esta presa. Cuando quiere el tigre cazar un buey, le salta al lomo, le muerde con sus agudos dientes el pescuezo, mete allí sus uñas y despedaza el toro, el cual, herido de muerte, brama lastimosamente. Con los terneros tiene menos trabajo la fiera; se acerca a ellos, cuando descansan en el pasto, cautelosamente, atrapa la cabeza de ellos y lo arranca, y chupa la sangre por la herida, lo que le gusta más que todo. Asalta también a los hombres, con predilección a los pobres indios, cuando hacen sus viajes con el Padre. Para defenderse contra la fiera, forman ellos un círculo, tendidos o parados, y colocan al Padre en el medio. Después forman otro círculo más afuera, por medio de trozos de madera y los encienden para detener de este modo la fiera sanguinaria; pues, no teme más que el fuego.

Por esto, cuando acontece que por la negligencia de esta buena gente se apaga el fuego, entonces salta el tigre por la ceniza caliente y los despedaza cruelmente; así sucedió a mi pesar a uno de los 300 que me habían acompañado desde Buenos Aires al Yapeyú.

Hace poco que el sacristancito del Padre Böhm se había apartado de noche un poco de su choza, cuando le asaltó el tigre y le desgarró lastimosamente, y al parecer de todos, fué milagro que no le mató.

Otro día vino un tigre a la choza de un Indio casualmente ausente con su mujer, allí dentro estaban juntos sus hijitos jugando; entró el tigre y se colocó en medio entre estos angelitos inocentes, tan mansa, como si hubiera olvidado su crueldad; los niñitos, al verlo, no se espantaron tampoco, como si se trataría de su perro, comenzaron a jugar con él golpeándole la cabeza, lo que gustó tanto a la fiera que meneaba la cola haciendo cariños a los niñitos; después se fué tranquilamente sin hacerles el menor daño, no habiendo vuelto todavía el indio, el cual seguramente hubiera tratado de otro modo a este huésped importuno, pues es notable la prontitud con que esta gente sabe matar aun al tigre más fiero, con tal éste no los asalte de improviso.

Sucedió también un día, que uno de nuestros Hermanos Coadjutores, entrando a la huerta con un bastón en la mano, fué asaltado de un tigre que había brincado sobre la muralla. El Hermano se defendió como pudo; la fiera quiso acercársele ahora por la derecha, ahora por la izquierda para tomarle por la espalda, ahora brincando arriba quiso asaltarle de frente con sus garras; el Hermano valiente siempre se defendía hábilmente con su palo en la mano contra todos los ataques de su enemigo, hasta que la fiera, cansada ya, vomitando espuma por la boca, se retiró y dejó victorioso al Hermano.

Esta clase de historietas son muy frecuentes aquí, no sólo tocante a los encuentros con tigres, sino también con serpientes venenosas y víboras, sumamente numerosas en estas tierras; y no podemos bastantemente alabar agradecidos a la Divina Providencia, la cual ha protegido de tal

modo hasta ahora a sus siervos, que no hubo ni un solo caso de haber mordido una culebra a un misionero, tanto que parece haberse cumplido la promesa de Cristo Nuestro Señor, diciendo (Marc. XVI, 18): «Serpentes tollent», que vencerían hasta las serpientes.

No hay falta aquí toda clase de carne de montería; hay ciervos, jabalíes, venados, antílopas, todo en gran abundancia, pero lo curioso es que los indios no aprecian sino el cuero de estos animales silvestres. Las perdices corren por todas partes, así que no se necesita escopeta para cazarlas, sino sólo un bastón, lo que hacen mis muchachos indios, que me las traen por docenas, sin cansarse por esto, y proveen de esta manera mi despena; lo mismo se puede decir de las palomas; no hay necesidad de cazarlas en las casas; ellos cuidan de sí mismas, vuelan en las bandadas y son fáciles para agarrar.

Estos días mandé yo a mis feligreses que me hagan una provisión de ganado vacuno para un año entero; se fueron a dos días de distancia: se demoraron dos meses, y trajeron al fin 50 mil vacas, las que no me han costado ni un centavo. Por una herradura puedo yo comprar 6 caballos; por un freno o un pito 3. Las 3 embarcaciones que nos han traído acá, han llevado en su vuelta (a Buenos Aires) 300 mil cueros de toro (una sola por 15 reales) de a 15 reales la pieza, pagaderas en mercaderías. En España valdría la pieza unos 6 Duros.

El genio de los indios.

Quisiera yo ahora hablar un poco sobre el genio de los Indios, a este propósito hay que advertir, que ellos no son capaces de inventar algo de su parte, ni de reflexionar profundamente, ni retener mucho en su memoria. Empero no hay pueblo en toda la redondez de la tierra tan hábil para imitar todo lo que han visto con los ojos, así que parece que lo que les falta de juicio, le ha suplido con la naturaleza por su incomparable instinto de remedar. Así, p. ej., hace poco me faltaban puntas de flandes (encajes) en una alba nueva para la Iglesia; dí una muestra de ellas a una India ordenándole que haga tales puntas. Se fué luego a su casa, se sentó y deshizo un pedazo de la muestra con la aguja, en seguida comenzó la obra e imitó tan perfectamente los encajes de flandes que no era posible notar una diferencia.

Del mismo modo, hay 2 órganos en nuestra Iglesia, una fabricada en Europa, la otra fabricada por los Indios, y esta última en nada inferior a la primera. Yo he mencionado la del Misal de Amberes.

Los instrumentos músicos fabricados por los indios son tan buenos y hermosos como los de Nürnberg. Los relojes de pared y faltriquera, hechos por los Indios, no ceden en nada a los fabricados en Augsburgo. Algunas pinturas de aquí parecen hechas por Rubens. En una palabra: ellos pueden imitar todo teniendo delante de sí una muestra; en quitándosela, la pierden totalmente de su memoria, y ya no pueden combinar nada.

Hay que decir algo también sobre la agricultura de estas tierras. El suelo es tan fértil, que comunmente producen el ciento por uno, aunque

no se ocurre a estos agricultores flojos el abonar sus campos. Lo que siembran es principalmente maíz, queda mucho aquí; con éste hacen ellos una especie de harina, no con el molino, que no tienen, sino con morteros de madera, y la guisan con agua o caldo, y lo convierten a panes bajo el rescoldo, pero sin sal y fermento, no teniendo ellos hornos; por esto no tienen otra clase de pan, aunque estén tan aficionados a nuestro pan europeo, que con gusto dan por un pan 3 caballos.

Siendo tan fértil el suelo, no se les ocurriría a estos Indios flojos a cultivarlo, sino, como en todo lo demás, se les obligaría a esto por medio de azotes. Además hago cultivar para mí y mis enfermos unas 40 hasta 50 cuabras de trigo; pero hay que fijarse bien, para que no coman todavía en el grano. Nuestros arados no son de fierro, sino sólo de madera; pues los Indios cortan del árbol más cercano, hacen una punta en el palo, ponen los bueyes delante y rascan con esto la tierra por 3 dedos de profundidad, porque por su fertilidad no se necesita más.

Siendo los Indios incapaces de toda economía y previsión, cumpliendo ellos a la letra la palabra de Cristo: «No os congojéis por el día de mañana», es menester que el mismo Padre contribuya, como lo hace, graneros y almacenes, para recoger y repartir a su tiempo la cosecha, y guarde lo necesario para la siembra futura. Calcule el lector qué cantidad de provisiones necesita una población de tantos miles de almas.

Sucedió hace poco un caso notable en otra Reducción, lo que quiero aquí contar brevemente. El Padre, inspeccionando las sementeras, halló que uno de los agricultores, el cual el Padre había tenido por uno de los más aplicados, no había ni arado ni sembrado; le instiga, obedece el Indio, hácese su arado y pone delante los 2 bueyes y comienza a labrar la tierra. Después de haber abierto unos 3 surcos le vino el hambre; mata los bueyes para comérselos; ayudándole su mujer que había guiado los bueyes, y la cual era más hambrienta y más floja que él; ella despedazó el arado, encendió, hizo fuego con él; puso la carne en un palo para asarlo, estando todavía cocida la carne por un lado, la cortaron por el otro y devoráronla medio cruda; vinieron ligerito sus chiquillos, pusieron sus pedazos de carne en palitos de a 2 hasta 3 libras plantándolos alrededor del fuego; pero no pudiendo aguardar hasta que estaba sazónada ya comenzaron a comerla medio cruda.

Pues la manzana no cae lejos del árbol.

Lo dicho sobre la labranza de la tierra vale también sobre la cosecha del maíz; a todo esto hay que instigarlos de palabra y hasta con el azote; lo aplica un indio al otro por orden del misionero, como lo hace el maestro con el alumno, así que la persona así castigada jamás se queje o dé la menor señal de impaciencia; al contrario, después de aplicarles el castigo se van al Padre, le besan la mano y dicen: «Padre mío: Aguyo bete yebi», que quiere decir: «mil gracias por haberme con el castigo dado conocimiento, dándome juicio de hombre, lo que no tenía».

Respetándonos así la gente adulta, ¿qué diré de los niños? Muchas veces vienen éstos al patio, sentándose calladitos en el suelo, únicamente por su creciente afecto comienzo a conversar con ellos, los llamo por su nombre, los examino sobre esto o aquello de la Doctrina y regalo a los

que contestan bien o una aguja o un anzuelo, un limón o durazno, o cuando les hago tirar con la flecha o un pedazo de carne, la que se lleva el vencedor. Les aseguro, que después de Dios no conozco recompensa más dulce que su inocente aclamación: «¡Pay, Pay! che ore haihu, pia guipe». Padre mío, lo quiero de todo mi corazón.

Vida del misionero

Conviene al fin describir también nuestro propio traje de misionero. Tenemos zapatos de cuero que se cierran sin ligadura ni brocha, sino con un botón también de cuero, no tienen taco esta clase de zapatos. Las medias son de cuero de oveja. La sotana no tiene mucha diferencia de la usada en otras partes, pero no tiene forro y es por delante completamente cerrada; las más de las veces es de lienzo negro. El sobretodo es de color moreno y de anchas mangas. La lencería es por la pobreza muchas veces de algodón. La cabeza protege un sombrero grande, en la derecha llevamos un bastón con punta en forma de cruz; sirve este bastón también como arma contra las muchas culebras, las que no raras veces se enroscan en ella.

Llevamos pelo corto y no llevamos barba.

El orden del día es como sigue: Hora de levantarse con el canto del gallo.

Se enciende por uno de los sirvientes la bela de cebo.

Se sigue la visita al Santísimo y meditación; al toque de la campana se reza la salutación angélica y comienza la misa al aclarar el día.

Después de la acción de gracias me voy al confesionario; sigue después el catecismo para los niños y las niñas; es decir para todos que no estén casados. En seguida se visita a los enfermos y se les administra los s. sacramentos, y se les asiste a los moribundos; si hay esperanza de salud, también se les proporciona medicamentos. Llega después su turno, a las escuelas de letras, a la escuela cantórum, a los músicos, y hasta a la instrucción de los niños danzantes, este arte se estila tanto en España como aquí para las solemnes funciones eucarísticas. El que se escandaliza de tal cosa, que tenga buen cuidado de no atraerse la maldición del rey David, pronunciada en semejante ocasión contra la burlesca Michol.

De las escuelas me voy al establecimiento de artes y oficios, como son alfarería, latrillar, molino, panadería, fragua, oficina de carpinteros, ebanistas, escultores, pintores, tejedores, horneadores, carniceros; estos últimos tienen que matar y repartir unas 20 reses al día.

Con tal que me quede todavía suficiente tiempo, me voy a la plantación de la huerta.

Cerca de las 10 de la mañana se sacan las ollas para repartir a domicilio la comida de los enfermos, que consiste en leche, pan y carne; lo que se efectúa por los enfermeros. Cerca de las once hago mis ejercicios de devoción según nuestra regla, a lo cual sigue el almuerzo. Durante la mesa se lee (como en nuestras casas) primero algo en latín, después en español, y se concluye con el Martirologio, lo que efectúa uno de mis cantores, mientras otros indiecitos me sirven la mesa. Todo esto desempeñan con una modestia, como no la puede tener un novicio de Europa.

Almuerzan ellos después de haberse levantado de la mesa el Padre. De vez en cuando yo los recompenso con un plato especial, con miel, en los días de fiesta con pasteles, por lo cual luego después de comer se me presentan para agradecerme con su acostumbrado: «Ague ye bete, cheruba»: Que Dios se lo pague, Padre mío.

Cerca de la una rezamos con estos niños las letanías de Todos los Santos en la Iglesia, hasta las dos de la tarde me ocupo todavía con pintar, escribir música, estudiar el guaraní. A las dos tocan la campana para el trabajo, lo cual tiene que inspeccionar el Padre. Hacia la tarde se reúnen niños y grandes para las oraciones y se reza el acto de contrición, ordinariamente al anochecer hay que sepultar algunos muertos. Me queda todavía el rezo del oficio Divino y después de la cena la lectura espiritual. La tarde de los domingos son para los bautismos, los lunes para los casamientos; hoy que lo escribo he casado por la Iglesia 8 parejas....

Fecha: Yapeyú, 24 de junio de 1692.

ANTONIO SEPP, S. J.

(Publicado en la *Revista*, contemporánea del Padre Sepp, titulado: *Welt, Bott*, Augsburgo, 1688-1700.)